

no en beneficio de los privilegiados de adentro y del imperialismo de afuera. Los acontecimientos recientes, al agitar las doctrinas y los espíritus, acelerarán acaso el triunfo de las fuerzas del porvenir, en lucha, hoy más que nunca, con las fuerzas del pasado.

—Para formar criterio justo acerca del movimiento del Brasil, yo no tengo suficientes elementos de juicio. Pero, ¿no le parece que de algo muy grave debía haber sido responsable el derrocado régimen, cuando el pueblo pacifista por excelencia, el pueblo que ni para independizarse de su Metrópoli portuguesa apeló a la violencia, se haya levantado en masa, en una revolución formidable, fulminante, encarnizada, ciega, casi desesperada?

—El caso del Brasil es el caso de las demás repúblicas, porque todos estos movimientos simultáneos, casi isócronos, derivan de la misma inquietud del porvenir, del mismo malestar nervioso que levanta las fibras de América. Los políticos pueden utilizar transitoriamente este estado de ebullición, pero acabarán por ser absorbidos por él. Se acerca una hora en que todas las habilidades serán inútiles y en que el poder tendrá que ir a manos de hombres nuevos que traigan ideas nuevas. No es posible admitir, ni en sueños, que nuestras luchas ciudadanas se reduzcan a servir alternativamente los intereses de dos imperialismos en pugna. La América Latina tiene que organizarse al fin bajo su propia inspiración, para favorecer los intereses autóctonos. Esta será de norte a sur, la idea central, la fisonomía de lo que viene.

—Contemplemos ahora a nuestra España, tan nuestra como la Argentina o el Perú. Debemos convenir en que todos los valores políticos—por llamarlos de alguna manera,—están en crisis; y que la monarquía, lógica y fatalmente ha terminado su misión, tan nefasta en la historia de la raza nuestra, ya que ella, la monarquía, fué la causa única de la disolución de la gran Hispania, que nos hubiera dado la hegemonía del mundo; y constituye ahora el principal obstáculo para la unión, que tanto anhelamos, de España y América. Creo que usted convendrá conmigo en que todas las soluciones políticas, a base de la monarquía, son ya imposibles y que pronto los hombres libres saludaremos alborozados al advenimiento de la República Española. Ya la alta voz del máximo ideólogo, Don José Ortega y Gasset, acaba de apostrofar así al pueblo español: «Españoles, vuestro Estado no existe ¡Reconstruidlo!— *Delenda est Monarchia!*»

—Espero y deseo la revolución española como una confirmación espiritual de la renovación que se anuncia para nuestra América. Lo que nos ha anemado y disminuido de un lado y otro del océano ha sido la inmovilidad que los grupos exigüos han impuesto a las masas enormes, el egoísmo de los intereses dinásticos, económicos o políticos, la falta de esa amplitud de ideales que se traduce en progreso, en democracia, en libertad.

Espero y deseo la revolución española y la salud en su albor como signo de mayor fraternidad entre nuestros pueblos.

El pensamiento de Ugarte se pasea dominador por el vasto cielo de la espiritualidad americana; aterriza en donde quiere, aun cuando no haya sitio adecuado para posar su avión gigan-

tesco, grávido de ideas, de voluntad; y en seguida, emprende nuevos vuelos, nuevos vuelos, hacia el país nunca alcanzado ni alcanzable del ideal. En estos vuelos, si no se quiere quedarse en tierra, para ser tragados por la avalancha imperialista, hay que alistarse en la tripulación o, por lo menos, lanzar nuestros impulsos como imponderables fuerzas actuando en su motor.

César E. Arroyo

Marsella, 1930.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

En torno al mozalbete

= De La Voz, Madrid =

De pronto, en una prosa oficial u oficiosa donde se nos da cuenta de cualquier reciente desmán, surgen estas o parecidas palabras: «Unos revoltosos, principalmente mozalbetes...» He aquí una buena ocasión para esbozar la historia pedagógica del mozalbete español. Tracemos algunos de sus principales hechos.

¡Pobre mozalbete! Acababa de nacer cuando ya se atentó contra su personalidad colocándola al amparo del mito que aquel día señalaba el almanaque; decidieron que fuese no como la sangre y el grado de evolución humana lo producían, sino como estaba decidido en unos libretos escritos cuatro mil años antes. Ante él nunca se preocuparon de fundir estos dos factores educativos: autoridad y respeto. Creyeron que el respeto era algo sólo exigible al niño, no al educador o al padre; nunca pensaron en que fuese preciso todo lo contrario, en que al hombre elegido para fomentar el crecimiento del niño le era imprescindible estar poseído de un profundo espíritu de reverencia a la nueva posibilidad humana. Se respetaba más a un arbolito que a un alma infantil. Aquel espíritu estaba desterrado de un mundo en que regían textos arcaicos—dictados por el miedo—en que se consideraba al niño no como una actividad espiritual libre, aunque endeble y necesitada de pedagogo—de conductor—, sino como una presa más por arrancar de las inexorables zarpas de cierto monstruo antediluviano. Ante el niño, sus maestros se situaban—casi todos ellos—no como sencillos guías, sino como petulantes escultores. Hablaban de modelar al niño—a veces el cincel era una estúpida palmeta—; y sus normas eran frecuentemente inaplicables a la naciente estructura viva. O se aplicaban torpemente: con sólo realizar la metáfora del arbolito que se tuerce desde muy pequeño, ya creían esos hombres retóricos haber cumplido su tarea. Ellos eran los torcidos, puesto

que comenzaban por ignorar que su misión no era precisamente modelar, sino otra más humilde: conducir, bien conducir. Como no sentían la humanidad, como no respetaban la humanidad—reputada como feudo de entidades invisibles—; como estaban hundidos hasta los ojos en un ilusorio concepto de lo torcido y de lo recto; como todo su afán se concentraba en hacer del niño—fundamentalmente—un responsable perpetuo de desórdenes en que nunca tomó parte, el niño llegaba a mozalbete por caminos erizados de arbitrarias coacciones, perfecto ignorante de su verdadera calidad humana, ajeno a todo auténtico sentido de respeto, puesto que nunca fué sujeto de él, sino su víctima...

«Cuando los niños—escribe el pedagogo Peter Petersen—tienen que aprender por coacción, el educador se hallará siempre ante las puertas de un corazón y nunca encontrará la entrada, nunca penetrará en el espíritu del niño, en el mundo interior de éste. En el mejor caso, la relación entre el educador y el alumno no pasará de ser correcta. La comunidad humana no se establecerá entre ellos.» (Véanse en la *Revista de Pedagogía* algunos fragmentos de los trabajos presentados en el quinto Congreso Internacional de Educación Moral, y seleccionados por el profesor Luzuriaga). ¿Cómo iba a establecerse? El hombre recién llegado quiere y debe exigir—apunta con razón el mismo Petersen—que la pedagogía reconozca también la fuerza que arranca de él. Educar no es imponer leyes, sino preparar al alumno para que él mismo sea capaz de dictarse leyes, de someterse a las mejores, de ser, en fin, autónomo. Así—concluye—«se logra transformar la relación con el guía en la de un amigo, y se resuelve también el viejo problema de la disciplina.» Este es el verdadero camino de la pedagogía que es también el de la verdadera disciplina: el de la libertad. Porque libertad apenas es otra cosa que cierta